



José L. Álvarez

Catalunya, sin poder blando

De vez en cuando en el mundo académico surge algún concepto, original o reciclado, que explica una serie de fenómenos de manera simple y rigurosa, y de fácil difusión. Uno de estos conceptos es el *soft power* o poder blando, popularizado por el profesor Nye, de Harvard. Aparece en el campo de las relaciones internacionales para dar cuenta del fracaso de Estados Unidos tras el 11-S, al no aprovechar el capital de solidaridad generado por los atentados. La reacción de G.W. Bush, basada en el *hard power* o poder duro –que se puede definir como uso de coerción, sanciones, incentivos materiales, amenazas (como la de un choque de trenes), etcétera, para conseguir de otros el comportamiento que uno requiere–, se demostró contraproducente. La tesis de Nye es que hace falta compensar el poder duro, en el caso citado militar, por uno blando: la capacidad de conseguir que otros quieran lo que uno quiere a través de la persuasión, el ejemplo, los valores, la atracción, la reputación, la amistad, las coaliciones, etcétera. La importancia de este poder blando no implica que el duro no sea imprescindible en muchas circunstancias. Significa que hay que combinar ambos poderes en proporciones adecuadas. A esta combinación contingente de los recursos políticos Nye la denomina poder inteligente.

El concepto circula bien más allá de su aplicación original. Y cuando Duran Lleida anuncia, o amaga, con el uso por Catalunya de poder duro con el PP y PSOE estatales, o con España, puede ser interesante evaluar la calidad del capital político de este país.

Se podría argumentar que desde la instauración de la democracia el poder blando de Catalunya sobre España ha ido en constante descenso. En los años de la transición el prestigio de Catalunya en el resto de España era enorme, era el ideal que seguir, el territorio más europeo, la demostración palpable, gracias a una sociedad civil más articulada, de que la democracia

era posible. Maquiavelo sostenía que hay que tener más reputación que poder duro, y Catalunya la tenía (si no la supo aprovechar en la Constitución es otra cuestión). Las causas del deterioro desde entonces del poder blando catalán han sido múltiples, originadas aquí y allí: los efectos de la táctica del *peix al cove* –una especie de poder duro pero menos, que acabó irritando a todos; el sistema autonómico, que ocasiona agravios comparativos sin fin (“nadie es más que nadie”); el uso demagógico del problema catalán en la competición entre los dos grandes partidos españoles; el uso demagógico del españolismo en la pugna

der duro es escaso. Por supuesto cuenta con su poder económico, pero aunque sigue siendo la mayor potencia económica del Estado, ni es ya la única ni es imprescindible. Y el poder político, derivado de alianzas como les pasa a las minorías, es coyuntural y últimamente no controlable. Ya se verá si los dioses se apiadan de Mas y las elecciones generales le dan los resultados necesarios para el pacto fiscal.

Pero Catalunya tiene que incrementar su poder blando para seducir a otro actor político, ya no España, sino Europa. El pacto fiscal no será el fin del catalanismo, y lo que viene después ya depende de Europa.

Y si estados como España e Italia se han convertido en obedientes pupilos, imagínense lo que le sucedería a un país pequeño. Ante Europa, el poder duro que pudiera tener Catalunya, que tampoco lo tiene, sería irrelevante y sólo puede esperar ejercer poder blando. Y uno sospecha que va muy atrasada en formular argumentos atractivos, cautivadores, suficientes, para que Europa se deje seducir: ¿Cuál es la visión cívica de Catalunya, de virtud democrática? ¿Qué tiene Catalunya de único, distintivo, de valor añadido? ¿Cuál es el sueño de futuro, no de pasado, de este país?, etcétera. El poder blando que tendría que ejercer Catalunya sobre Europa habrá de ser superior al duro que pueda ejercer España o al miedo que pudieran infundir unas secesiones en cadena, en Escocia, Bélgica, etcétera.

El problema del catalanismo es que las expectativas sobre el derecho a decidir, incluso sobre la independencia, están creciendo más rápidamente que el capital político, blando o duro, disponible para convertir esas esperanzas en realidades. El catalanismo lleva demasiado tiempo seduciéndose políticamente a sí mismo, hacia dentro. No hacia fuera. Todo lo que no sea incrementar la reputación de Catalunya en Europa es una distracción. Si usted, querido lector, está interesado en estos temas, pero se encuentra muy ocupado, no pierda el tiempo en choques de trenes de juguete. Simplemente, fíjese en la evolución del poder blando de Catalunya en Europa.●



ÓSCAR ASTROMUJOFF

entre partidos catalanes; el barroquismo de algunos intentos fallidos de reformular la relación con España como el federalismo asimétrico de Maragall; etcétera. Finalmente, tras la sentencia del Estatut, aquellos que todavía tenían alguna esperanza sobre la capacidad de Catalunya de ejercer poder blando sobre España, como Jordi Pujol, han abandonado definitivamente y con amargura el intento.

Esta pérdida de poder blando sería menos grave si Catalunya dispusiese de poder duro, pero este es precisamente su problema estructural y la razón por la que el poder blando le es tan importante: su po-